

La geografía regional: tradiciones y perspectivas contemporáneas

Blanca Rebeca Ramírez*

Recibido: 10 de enero de 2007

Aceptado en versión final: 13 de abril de 2007

Resumen. El conocimiento sobre las trayectorias y direcciones que ha seguido la geografía regional en sus más de dos siglos de existencia, reviste importancia en momentos en donde el pensamiento regional carece de una visión única y alterna con una gran variedad de formas de analizarlo. La visión positivista y de los modelos de organización territorial se presentan en la actualidad con las posturas humanistas y las derivadas del marxismo, tanto del estructuralista como del llamado neomarxismo. El ensayo hace un recorrido por el desarrollo de estas miradas teóricas, para concluir con una visión de dónde están ahora los principales debates en el pensamiento geográfico regional en la actualidad.

Palabras clave: Geografía humana y regional, geografía humanista, región, *locale*, lugar.

Regional geography: traditions and contemporary perspectives

Abstract. During the two centuries of existence, the knowledge of the direction and trajectories followed by regional geography has been part of the centre of geography as a whole. Nowadays, there are not a unique vision of regional thinking but a great variety of theories as perspectives of analysis. The positivist perspective and the models of territorial organizations coexist with the humanist perspectives and those derived of Marxism: the poststructuralists and the neomarxists visions. The aim of this paper is to present those theoretical perspectives, concluding with the main contemporary debates we face of the regional thinking.

Key words: Human and regional geography, humanist geography, region, *locale*, place.

* Departamento de Teoría y Análisis, División de Ciencias y Artes para el Diseño, UAM-Xochimilco, Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud, 04960, México, D.F. E-mail: blare19@prodigy.net.mx; bramirez@correo.xoc.uam.mx.

INTRODUCCIÓN

Por muchos años, la geografía regional ha sido considerada la rama más importante de la geografía del periodo moderno. Para algunos autores, fue el eje central sobre el cual se desarrolló la geografía humana desde finales del siglo XIX hasta la década de los años ochenta del siglo XX (Peet, 1998:10). Tuvo un gran impacto no sólo por dar nuevos alcances a los estudios geográficos, sino también por el vínculo que generó con otras especialidades, tanto de las ciencias sociales como de las naturales. En dos siglos de existencia, el pensamiento regional ha pasado por diferentes posturas e interpretaciones no sólo de su quehacer, sino de los apoyos teóricos y metodológicos que han dirigido su reflexión.

Una gran parte de las discusiones epistemológicas y ontológicas desarrolladas en la historia de la geografía humana se han entrelazado con las de conceptos y direcciones del pensamiento regional. Éstas se han orientado a partir de transformaciones paulatinas y no de revoluciones dramáticas que definieran nuevos cauces y nuevos paradigmas. Desde esta perspectiva, en esta presentación se adoptará un concepto de paradigma alejado del modelo que propuso Kuhn (1962) para analizar las ciencias sociales, que supone las transformaciones a través de cambios revolucionarios. Así, se acoge uno propuesto por Johnston (1978:204) que permite trabajar con tipos particulares de problemas, cuyas transformaciones ocurren como procesos más bien lentos y hasta en ocasiones inadvertidos más que radicales.

En la evolución de la geografía humana, el paradigma regional se ha insertado de diferentes maneras en las discusiones y los desarrollos epistemológicos y teóricos que la han caracterizado. De acuerdo con el pensamiento de Johnston, el interés por el estudio regional ha sido, junto con las exploraciones y el determinismo medioambiental, uno de los tres más importantes que se reconocen desde finales del

siglo XIX hasta mediados del XX (*Ibid.*:194). Para los fines que aquí nos ocupan, se incluirá este periodo como parte del pensamiento clásico de la geografía regional.

Estos paradigmas se vinculan directamente con los tiempos en que la modernidad capitalista se encontraba en franca y abierta expansión, y su explicación y comprensión requería de instrumentos teóricos y prácticos que le permitieran reconocer y analizar las condiciones sobre las cuales el análisis y el desarrollo de las regiones podían llevarse a cabo. Los conceptos de región, lugar, paisaje y diferenciaciones de área, usados como sinónimos o a veces como conceptos particulares y diferentes, fueron, desde entonces, un instrumento importante para ello (Agnew *et al.*, 2001:371).

A partir de los cambios que se originaron en los debates en las ciencias sociales que impactaron a la geografía en los años setenta del siglo XX, se dio paso a discusiones que redimensionaron el estudio sobre las regiones a partir de tres paradigmas: la ciencia espacial, el humanismo y el radical/estructuralismo (Johnston, 1978:204). Éstos tendrán una readequación y comportamiento particular dentro de la geografía regional, lo que constituye el motivo y la parte más importante del desarrollo de esta presentación.

Se propone cerrar la discusión con algunos debates contemporáneos analizados alrededor de dos ejes: por un lado se reconocen las posturas y visiones del postestructuralismo, humanismo, posmodernismo, neomarxismo y regulacionismo, que alternan todos con la ciencia espacial y con una serie de debates, compartidos a veces por algunas de ellas, pero otras contrapuestos y que constituyen la parte que cierra este apartado. En su transformación, siguen adecuándose a un paradigma de evolución lenta y paulatina más que a revoluciones dramáticas, lo que aunado a una narrativa realista más que positivista del término (Sayer, 1988:263), conforman los ejes que organizan la exposición sobre el tema.

LOS CLÁSICOS DE LA GEOGRAFÍA REGIONAL

El pensamiento regional de la geografía surgió a partir de la crisis que presentó esta área del conocimiento al cuestionarse el pensamiento universal, el naturalismo y el positivismo del siglo XIX, y como una necesidad de responder científicamente a la comprensión de una realidad que se presentaba compleja y diferenciada entre dos sistemas de ciencias: las naturales y las humanas (o del espíritu; Capel, 1981:314). Determinismo y posibilismo fueron los ejes centrales que orientaron las discusiones del momento y de donde surgió, posteriormente, la geografía regional.

Ambas ciencias, naturales y humanas, contaban con métodos y conceptos específicos que no podían ser negados y que había que sintetizar a partir de una reformulación de su objeto de estudio y de considerarse una ciencia de regiones (Livingstone, 1999:262). Nace así una corriente humanista dentro del pensamiento regional, a partir de tres escuelas principales: la francesa, representada por Vidal de la Blache; la alemana por Hettner, y la estadounidense por Hartshorne. Dentro del positivismo, surge también a finales del siglo XIX la corriente espacialista, que, con base en teorías, leyes, modelos e hipótesis (Claval, 1974:30), trata de dar respuesta a las organizaciones territoriales desordenadas que el capitalismo generó, a partir de regionalizaciones como método específico de análisis geográfico.

A pesar de que la geografía, por su tradición, se ubicó como humanista, en oposición a la influencia determinante del medio y la naturaleza sobre la humanidad, el posibilismo presentó al individuo como un agente activo libre y no pasivo en su uso de la tierra, sin que existiera un plan natural que lo limitara (Johnston, 1978:43-44). Este debate fue importante en la geografía humana y se continuó hasta la década de los sesenta del siglo XX (*Ibid.*:43).

Con el posibilismo, postura que apoyaba sobre todo la escuela francesa con el liderazgo

de Vidal de la Blache, se opone éste y otros autores a la determinista de Ratzel, y propagaba la necesidad de estudiar la influencia del medio en la formación de las ideas y las sociedades (Capel, 1974:53). A pesar de su formación como historiador (*Ibid.*:63), Vidal de la Blache llegó a la geografía asumiendo que es una ciencia natural relacionada con unidades territoriales, al igual que otros geógrafos de su tiempo (Agnew *et al.*, 2001:181), que estudia a partir de la división de la tierra en regiones. Sin embargo, no genera leyes naturales generales (Johnston, 1978:44) y repetidamente enfatiza la forma en que las sociedades humanizan la naturaleza por sus propios medios (Agnew *et al.*, 2001:181).

Considerado un crítico en su época (Capel, 1974:64), su método parte de estudiar la particularidad a partir de monografías que describen, definen y explican las interrelaciones humanas con la naturaleza (*Ibid.*:65), en una interacción entre la unicidad y particularidad del paisaje por medio de la observación de las formas de la tierra que le dan color y manera de agruparse en un carácter común e individual (Vidal de la Blache, 1926:184).

Asimismo, integra al "medio ambiente como un compuesto de partes distintas con capacidad para agrupar y mantener juntos seres heterogéneos en interacción mutua y vital"; de ahí surge la necesidad de hablar de la geografía regional, considerando que cada región es un dominio en donde muchos seres distintos, conjuntados artificialmente, adaptados subsecuentemente a una existencia común, aceptan también que están en continua formación y transformación. Todas son partes relacionadas, que tienen continuidad entre regiones y en donde la humanidad desempeña un papel activo importante para reproducirlas (*Ibid.*:185-189).

Por su parte, las escuelas alemana y estadounidense comparten con la francesa su oposición al determinismo geográfico y la importancia que se otorga al estudio de la morfología, por lo tanto al paisaje, para adentrarse al estudio de las regiones a pesar de que ambas

participan en el interés por adentrarse en la metodología (Capel, 1974:110). Hettner representa a la escuela alemana y considera a la geografía como ciencia de la diferenciación del espacio terrestre. La estadounidense, representada por Harshorne, quien distinguía las áreas de diferenciación que, por su unicidad, se contraponen al pensamiento universalista y a la búsqueda de leyes generales (Peet, 1998:16-17), tan de moda en el positivismo del siglo XX. Ellos, por el contrario, intentaban poner de manifiesto las características particulares y únicas del paisaje o de las áreas diferenciales, llamadas en ambos casos regiones.

Ambas escuelas compartían también la idea de que las regiones eran una construcción mental de análisis y no una entidad natural o preestablecida (Agnew *et al.*, 2001:388), independientemente de que, en este caso Harshorne (1961:390), **tratara de encontrar un elemento sintético entre los naturales del medio y los factores humanos.**

El surgimiento del estudio de la geografía regional le dio a esta ciencia unidad, ubicándola como ciencia corológica (es decir, de la Tierra), la que Hettner definió a partir de tres aspectos fundamentales: la descripción de las características de la zona homogénea, la búsqueda de rasgos comunes en su interior y la comparación entre la homogeneidad de una región y la de otras para establecer lo que las diferencia (Claval, 1981:320). En ese sentido, puede afirmarse que, a pesar de la insistente búsqueda de la diferencia, propia de la geografía regional, estaba también influida por la indagación sobre la unidad (Ramírez, 2003:31), inquietud predominante cuando ésta se desarrolló.

Con el surgimiento del paradigma positivista, aparecen visiones que reconocían regiones a partir de la representación de procesos y fenómenos en modelos. Surgen a finales del siglo XIX, intentando dar solución a la organización de las regiones con la teoría de Von Thünen, quien, a partir del análisis de la distribución de tierras cultivables alrededor de las ciuda-

des, destacaba el factor localización sobre el de fertilidad, y explicaba la organización de la actividad rural que circundaba a las urbes (Hiernaux, s/f:2-5;). Posteriormente, Weber, en 1929, hizo un intento similar tratando de analizar las localizaciones industriales en las ciudades, buscando el máximo beneficio económico de dicha localización (Peet, 1998:20). William Alonso (1972:303-329) continuó trabajando en esta línea, generando un impacto en el pensamiento regional en 1950, año en que esta visión presentaba su máximo auge.

Por su parte, Christaller en 1933 y Lösch en 1938 explicaron la localización regular y jerárquica de las ciudades, a partir de centros urbanos que se organizan en forma geométrica. Las ciudades con su tendencia a concentrar, organizan al territorio a partir de la distancia en que se encuentran los poblados (urbanos y rurales) en relación con los centros de mayor importancia (Gutiérrez Puebla, 1984). La teoría de los hexágonos fue ampliamente divulgada durante años y aplicada por algunos autores, incluso en la actualidad, con fines de planeación o de comprensión de las actividades terciarias en relación con centros jerárquicamente organizados (Berry y Garrison, 1968).

Walter Isard, entre 1950 y 1960, desarrolló un concepto con el cual, sobre todo los economistas, intentaron dar respuesta a las formas de localización industrial a partir de modelos gráficos y sintéticos que intentaban explicar el espacio, en particular el urbano, desde lo que llamaron "ciencia regional" (Isard, 1960). Este hecho generó una división en las visiones de análisis de las regiones, para ubicarlas entre la geografía regional y la ciencia regional, más cercana a los economistas de tradición neoclásica, que a los geógrafos.

A mediados del siglo XX, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando el mundo precisaba de condiciones que le permitieran salir de la crisis de la posguerra, se requería de una unidad territorial que permitiera organizar la intervención del Estado con fines de evolución y progreso. Para ello, la categoría de región

dio una posibilidad importante, al integrarse a la de desarrollo, originando que se hablara de desarrollo regional, como la necesidad de generar regiones que permitieran promover la industrialización y, por lo tanto, la modernidad (Ramírez, 2003:33). Así, la teoría de los Polos de Desarrollo generada en Francia, en esa misma época, por el economista Perraux (1993:83-97) y el geógrafo Boudeville (1993:67-81), quienes haciendo gala del supuesto regional a partir de la identificación de la región plan para implementar su desarrollo, iniciaron un planteamiento importante para vincular la intervención estatal y la planificación con el análisis de las regiones. Estos conceptos fueron aplicados ampliamente en América Latina con fines de modernización del continente.

A diferencia de las posturas humanistas de la geografía regional, que han evolucionado hacia otras visiones, las que incluimos como espacialistas, han persistido; deshumanizan la región al analizarla sin agentes, con base en modelos que suponen pueden aplicarse a todos los contextos y todas las situaciones. La sistematización más acabada de esta visión la desarrollaron Chorley y Haggett (1969:21-22) a finales de los años sesenta; ambos, a partir del uso de modelos como representaciones o analogías de la realidad, asumen que el modelo es diferente a ella, por lo tanto puede ser:

una teoría, una ley, una hipótesis o una idea estructurada, puede ser un rol, una relación o una ecuación. Puede ser una síntesis de información. Pero lo más importante desde el punto de vista geográfico, es que puede incluir también razonamiento sobre el mundo real por medio de traslaciones en espacio (por los modelos espaciales) o en tiempo (por los modelos históricos).

Ambos autores asumen que el reconocimiento de un modelo de análisis regional tiene tres pasos: identificación, diferenciación e integración, adoptando para el primero las visiones de los modelos regionales de jerarquías

o funciones que establecieron anteriormente la teoría del lugar central, la de representaciones gravitacionales y la de Weber (1969:36). Autores como Grigg (1969:470) asumen que la delimitación, en tanto que definición de fronteras o límites regionales, y la regionalización, como identificación de áreas homogéneas, son parte fundamental y objetivo principal del quehacer de la geografía (*Ibid.*:470-479) y esenciales en el trabajo con los modelos. Esta definición ha dirigido el quehacer del geógrafo en la investigación por muchos años, asumiendo que constituye la razón de ser del trabajo regional. Por último, se asume que la resolución de cualquier problema geográfico se basa en la utilización de modelos que conjuntan esquemas gráficos, mapas y matrices entre otros recursos incluidos en esta categoría (Chorley, 1975:92).

En suma, el pensamiento clásico se orienta alrededor de cuatro conceptos de región que interactúan en las visiones de los autores: la dinámica cambiante del posibilismo, la de construcción mental de Hettner y Hartshorne, la morfológica relacionada con el paisaje, todas ellas de corte humanista y, por último, la espacial, de representación o región plan, adscritas al paradigma positivista y a la planeación. Estas últimas han tenido un gran impacto en la geografía tanto física como humana de finales del siglo XX, no sólo en el traslape entre modelo-región y en la importancia otorgada a la delimitación de fronteras regionales en la práctica, de tal manera que, implícita o explícitamente, siguen siendo utilizadas a la fecha tanto en ámbitos de la geografía, de la economía y el urbanismo.

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO REGIONAL DE 1970 A 1990

En la opinión de Entrikin (1991:18), en los años setenta, la geografía humana se organizó a partir de una mezcla de posiciones epistemológicas y de intereses temáticos más que de paradigmas específicos. Por su parte, autores como Johnston (1978:50-51) argumentan que

en esa época la geografía humana, y con ella la regional, se debatía entre las visiones de la ciencia regional espacial y de modelos, los radicales y las analíticas del comportamiento y la cultura, lo que hacía de esta ciencia un ente confuso al interior de la geografía misma.

El paradigma positivista continuó teniendo gran impacto entre algunos especialistas. Fue retomado para entender procesos económicos y urbanos, y se desarrolló paralelamente a una serie de debates, desde diferentes posturas, que renovaron el interés por discutir sobre las diferencias regionales. Sin embargo, el inicio de este periodo se caracterizó por una fuerte crítica de parte de algunos geógrafos, de diferentes posiciones, al estudio positivista de la región por considerarlos descriptivos, subjetivos, a-teóricos y por lo tanto a-científicos (Entrikin, 1991:39; Harvey, 1969).

Adicionalmente a la visión espacialista, otros autores caracterizan la evolución del paradigma humanista de la región a partir de cuatro raíces intelectuales importantes: el primero es el de la fenomenología, que puede diferenciarse a su vez en dos. Por un lado el que prioriza el *ubicarse en el mundo*, y, por el otro, el que enfatiza la experiencia subjetiva que se percibe a partir del *sentido de vivir* en él. Es en ellos en donde aparece una tendencia por sustituir la categoría de región por la de lugar, dando mayor especificidad y particularidad al análisis del espacio vivido. Por su parte, el tercero refiere a los análisis surgidos del estructural/marxismo, en donde aparece la división espacial del trabajo, como término que caracteriza procesos socioespaciales objetivos, entre otros que en ocasiones siguen siendo importantes en la actualidad (Agnew *et al.*, 2001:370-371). Por último, se incluye el debate que inició el regulacionismo en Francia desde 1970, que vincula a la geografía regional con la economía regional y tiene gran repercusión en las discusiones contemporáneas en la forma de entender las regiones.

El regreso del paradigma humanista a la geografía regional, olvidado por un tiempo,

se inició en la década de lo setenta con dos trabajos: el de Yi Fu Tuan (1974) en la corriente anglosajona y el de Frémont (1976) en la tradición francesa. El primero lo hace a partir de equiparar la categoría de espacio con la de lugar, adscribiéndole dos significados: el de posición en la sociedad, entendida a partir de los usos y significados simbólicos que se obtienen de localizaciones específicas, y el de localización espacial, que se origina con el vivir *en* y con su asociación en el espacio (Tuan, 1974:233). En su opinión, el lugar tiene un espíritu y personalidad que se manifiestan por las expresiones de carga emocional adquiridas por su localización o por su función de nodo (*Ibid.*:234); pero al mismo tiempo, tiene un *sentido de lugar* cuando, a pesar de adquirir sus caras únicas, los humanos, al expresar sus discernimientos morales o estéticos, dan a los sitios percepción a través de sus sentidos a partir de gustos, preferencias y sentimientos (*Ibid.*:234). Usa el término de lugar como sinónimo de región sin ninguna adscripción a una escala geográfica en específico; sin embargo, al menos en la tradición anglosajona, se liga con lo pequeño, local o micro (Agnew *et al.*, 1996:444). Este autor es considerado también uno de los geógrafos estadounidenses más representativos de la escuela del paisaje en su época (Morin, 2003:324), postura que se integra en esta visión ya que argumenta que los paisajes de la cotidianidad, como casas e iglesias, entre otros, revelan “gustos o preferencias personales, aspiraciones e ideologías” (*Ibid.*).

Por su parte, el aporte de Frémont (1976:14) en la escuela francesa argumenta que el hombre no es un objeto neutro al interior de la región, tal y como lo conciben algunos estudios; por el contrario, proporciona juicios sobre el lugar aceptando la existencia de un vínculo del hombre a la región y de la región al hombre, a partir de las percepciones y sentimientos, que generan las vivencias humanas. El autor diferencia lugar y región por la escala, ya que cada categoría refiere a organizaciones y percepciones diversas. La primera, de uso corriente

y sin significado particular para los geógrafos (*Ibid.*:99), al menos hasta ese momento, refiere a los espacios de la casa, del trabajo, de los intercambios y los llamados lugares inútiles (*Ibid.*:99-118). La región se presenta como un espacio de escala mediana (más amplio que el social pero menor que el de las civilizaciones y las naciones). El autor la define de la manera siguiente:

La región integra espacios vacíos y espacios sociales con un mínimo de coherencia y de especificidad que hacen, en conjunto, una estructura propia (la combinación regional) que la distingue para ciertas representaciones dentro de la percepción de los habitantes o de los extranjeros (las imágenes regionales; *Ibid.*:138).

En el ámbito de la geografía regional, las posturas de Frémont y de Tuan, inician una visión que adscribe a la región el carácter de espacio vivido abierto a percepciones, sentimientos y emociones. Si se observan desde la escala, el regreso del paradigma humanista deja dos posibilidades que se conjugan en el pensamiento de la geografía regional a la fecha: la que adscribe a la región una dimensión local/particular identificada con una escala pequeña como se verá más adelante, o bien la que le da una connotación escalar mediana, que en la opinión de algunos autores, son las que muestran gran vitalidad en el momento contemporáneo (Gómez, 2001:17).

Otro paradigma importante fue desarrollado a finales de los años setenta, a partir de dos trabajos que impactaron el conocimiento geográfico desde el marxismo y el estructuralismo, y en donde se destaca la importancia de la región como una respuesta local al proceso capitalista de producción (Gilbert, 1988:208). En ambos casos, Lipietz (1978) y Massey (1978), consideran que la región es vista como parte de la totalidad en que se adscribe la acumulación del capitalismo y su reproducción y como resultado de su acción en el territorio, a diferencia

de las teorías neoclásicas que la ven como una unidad preestablecida. A las categorías como las de “desarrollo espacial desigual” se agregaron otras que definían a la región “como la articulación concreta de relaciones de producción en un espacio-tiempo determinado” (Gilbert, 1988:209). Destacan la de desarrollo desigual en la producción del espacio (Smith, 1984) y la de divisiones espaciales del trabajo (Massey, 1984), entre otras. Todas ellas sustituyen a la de región para definir la diferenciación espacial intranacional, en tanto que mecanismos por los cuales el proceso de acumulación genera desarrollo espacial desigual, y el efecto de dicha desigualdad en la formación social nacional y de áreas particulares dentro de ella (*Ibid.*).

Por su parte, David Harvey (1985) vuelve a las diversidades regionales a partir de analizar la diferencia geográfica de las sociedades capitalistas, usando conceptos como el del “espacio fijo” que resulta de dichos procesos. Otros autores argumentan que la región resulta de prácticas de clase específicas y de formas distintas de cultura o regionalismo¹ cuya base de explicación se encuentra en la economía política (Gilbert, 1988:209). Desde esta misma perspectiva, otros explican el problema de las regiones a partir de cuatro perspectivas: *a)* la división espacial del trabajo, *b)* el desarrollo regional desigual, *c)* la existencia de monopolios y transnacionales y su vinculación con la explotación y la inversión en su localización, y *d)* la explicación a la intervención estatal y la planeación en el territorio (Carney *et al.*, 1980:15-27). Estos temas fueron trabajados por varias especialidades: desde la geografía, la economía y el urbanismo, además de la discusión epistemológica y metodológica que acompañó dichos estudios, que incluyen la vinculación entre la naturaleza y la producción/reproducción social del espacio (Smith, 1984) a partir de relaciones que están construidas sobre regiones consideradas únicas (Massey, 1984).

Por otro lado, el pensamiento humanista evolucionó hacia posturas que reconocen a la región como un medio para la interacción social

(Gilbert, 1988:212). Con una gran influencia del geógrafo sueco Hägerstrand (1982), el sociólogo inglés Giddens, a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, introdujo en sus estudios al espacio para comprender a la sociedad a partir de conceptos como el de *locale*, concebido como un medio de interacción social que desempeña un papel fundamental en la producción y reproducción de las relaciones sociales. Autores como Thrift (1983), Pred (1984), Johnston (1985) y Massey (1991) adoptaron, de diferentes formas, los aportes de Giddens para entender la generación de rutinas en el espacio y desde ahí hacer una reconstrucción del concepto de región. Muchos autores equipararon *locale* a región (Gilbert, 1988:212; Ramírez, 2003:119-139), adscribiéndosele también una dimensión escalar micro.

En un afán por reconciliar la estructura con los agentes, el estructurismo argumenta que las relaciones sociales se estructuran en tiempo y espacio a través de prácticas que tienen lugar en diferentes asientos interconectados. Pred pone mayor énfasis que Thrift sobre la relevancia del factor estructural con las prácticas que se entretienen y el papel que tiene el poder en la interacción regional. Por ello, en la opinión de Gilbert (1988:213), se acerca más a la postura marxista que el anterior, a pesar de que el estructurismo nace de una fuerte crítica a esta visión del pensamiento (Ramírez, 2003).

A pesar de ello, Massey (1991:29) encuentra puntos de contacto para el análisis geográfico regional en la postura de Giddens, sobre todo por el énfasis que este autor pone en la importancia de lo espacial, en tanto que aspecto integral dentro de lo social. Para esta autora, el concepto de *locale* es relevante, ya que puede constituirse también como espacio de funcionamiento de actividades diversas de sujetos sociales diferenciados, que puede generar redes de actividades al interior de los mismos y que se constituyen a su vez en relaciones sociales actuando conjuntamente (*Ibid.*:30). Con ello, se abre la concepción de región bidimensional a una tridimensional, que permite, a partir de

la caracterización de los agentes que la usan, la conformación de dimensiones múltiples y abiertas que dan lugar a diversas posibilidades de acción y movilización en el espacio. Proporciona así una definición de región, que dice:

... podemos conceptualizar a una región (o un lugar) en términos de la articulación, dentro de un espacio geográfico específico, de un número de locales de distintas actividades sociales. Por lo tanto, una región es el traslape, la superposición y probablemente la interacción (la influencia recíproca) de partes de múltiples locales (*Ibid.*:30).

Años después, Entrikin (1991:6) prioriza el factor de identidad sobre la acción, incorpora algunos elementos adicionales a los ya expuestos por Tuan al concepto de lugar. Para él, es un contexto que incorpora tanto la experiencia, en tanto que cualidad existencial, como el sentido del lugar referente a su ser natural como objeto del mundo. Desde el punto de vista epistemológico, integra también discusiones que refieren a la relación entre lo particular y lo universal y discursos que vinculan perspectivas subjetivas y objetivas (*Ibid.*:6). Así, el concepto geográfico de lugar refiere al contexto de área de eventos y acciones que incluye elementos naturales y construcciones humanas, tanto en el sentido material como en el ideal (*Ibid.*:6). En ese sentido, el lugar implica la conjunción tanto del centro de significado y el contexto externo de las acciones humanas (*Ibid.*:7). Utiliza el término como sinónimo de *medio (milieu)* argumentando que fue la forma como la geografía francesa capturó el sentido de lugar. En un intento por diferenciarse de la geografía espacialista, argumenta sobre la necesidad de distinguir entre el espacio existencial y el geométrico, en la medida en que sólo la posibilidad de identificarse en el aquí y allá del mundo, así como en su tiempo, permite diferenciar entre ubicación y localización. Esta última sólo tiene sentido en relación a su vinculación con otros (*Ibid.*:10). A partir de ahí

es que el lugar tiene sentido para la acción humana.

Por último, desde la década de los setenta, el regulacionismo francés y la llamada escuela de California aportan debates interesantes para comprender la región, con trabajos como los de Benko y Lipietz (1994), Storper y Scott (1990), Lipietz (1985), entre otros. Según Storper (1997:4), a partir de 1970 la discusión sobre el tema de las regiones en la economía se fue perfilando a partir de tres posturas: las interesadas en el estudio de las instituciones; las que consideran a la organización industrial y las transacciones como temas que concentraban la atención en el cambio tecnológico y el aprendizaje para entender las transformaciones territoriales. En la primera se incluye el estudio de los distritos industriales como formas de organización regional, que fue desarrollado por la llamada escuela italiana (*Ibid.*:5-8), para ésta, la región estaba constituida por un conjunto de instituciones históricas y tradicionales, que conjuntamente con los cambios en la producción, se integraron en territorios homogéneos, conocidos como distritos, en donde la producción se instala y se reproduce a partir de firmas pequeñas y flexibles e instituciones (Becattini, 1994:39-57). La segunda, reconocida por Storper (1997) como la escuela de California, pone énfasis en el estudio de las aglomeraciones industriales, las formas en que se realizan las transacciones y las redes y vínculos que a partir de ellas se generan (*Ibid.*:9-13). La tercera visión defiende que la tecnología especializada podía ser entendida desde lo que llamaron la teoría de la aglomeración y la división del trabajo (*Ibid.*:15-18).

Estas posturas fueron discutidas ampliamente por la corriente francesa de la regulación; sus seguidores argumentaban que el factor territorial es un elemento fundamental para comprender los procesos de localización industrial y producción flexible que son parte de las transformaciones del posfordismo contemporáneo (Benko y Lipietz, 1994), y que se perciben en esa triple dimensión: regiones-

distritos (Becattini, 1994:39-57); regiones-redes (Veltz, 1994:281-299), y regiones-tecnología (Storper, 1997). Esta triple concepción conformó el debate territorial de finales de los años ochenta, caracterizado como ortodoxo (*Ibid.*:26), y también ha dado lugar a otros que serán ampliados más adelante.

La década de los ochenta marca así un parteaguas importante en el desarrollo de las características teóricas, epistemológicas y ontológicas del concepto de región, al integrarse las visiones de lugar desde el humanismo como vivencia o identidad y *locale* resaltando la importancia de la acción social. Por otro lado, desde la economía se utilizan categorías como distrito industrial, regiones-redes y regiones-tecnología, también como sinónimos de región. Por otro lado, se advierte una búsqueda constante por redefinir el objeto de estudio de la geografía regional, a partir de una relación estrecha con las ciencias sociales (Gilbert, 1988:216), y en una conjunción importante entre marxistas y humanistas (*Ibid.*:218). Lo anterior se complementa con cambios metodológicos que es preciso señalar, y entre los cuales se destacan los siguientes (*Ibid.*:218-220).

Primero, hay una tendencia a trabajar con la particularidad de las regiones, que en ocasiones es reconocida como la especificidad del lugar. Ésta se preserva y modifica dentro de la generalidad del cambio social, aspecto en general aceptado en la mayoría de las visiones. Así, el análisis y la síntesis en la generación del conocimiento se conjuntan y complementan para comprenderlas, eliminando la limitación que hacia la síntesis se le adscribía a los estudios regionales desde sus orígenes. Esta caracterización de la región-síntesis, fue cuestionada por Frémont (1976) en su momento.

Segundo, desde cualquier perspectiva, la región se comprende como un conjunto múltiple de fenómenos, entre los que destacan los procesos culturales, políticos, sociales, económicos y urbanos, que juntos dan forma y estructura a diferentes regiones. Es sólo a través de las interrelaciones que se alcanza con la especifi-

cidad regional que proporciona la vinculación análisis-síntesis. Esta visión de la región marca sin duda el desarrollo subsiguiente que tendrán en el futuro algunos autores (Thrift, 1989; Entrikin, 1994; Allen *et al.*, 1998).

Tercero, el interés que se puso en la discusión sobre la escala para captar la especificidad de la región o el lugar, requiere tomar en cuenta la variedad y variación de visiones que sobre el tema tiene cada teoría; sin embargo, en la mayoría de los casos se le dio más importancia a la dimensión local que a la escala media como unidad de análisis regional. Más adelante se volverá sobre este tema.

Por último, empirismo *versus* teoría fueron parte de los debates que se dieron, lo que influyó en una reorientación de las teorías interesadas en la geografía regional. En ese sentido, el uso de categorías particulares como región, lugar y *locale*, fueron referentes que se usaron como sinónimos y, en muchas ocasiones, el empirismo ganó a la teoría (Murphy, 1991:24). Por su parte, en Francia se priorizó la particularidad a partir del uso de la categoría de territorio, significando también áreas con cierto control, áreas en formación, espacios vividos o bien aquéllas que presentaban un cambio regional conjunto (*Ibid.*:28) a las que se agregaron posteriormente las de distrito, regiones-redes y tecnología. Los problemas que presentaron las visiones empiristas fueron trabajados por varios autores, destacando para ello el de Sayer (1989:259-262). La reconstrucción de lo específico y su vinculación con lo general en tanto que instrumento para la acción, fue también un aspecto importante dentro del ámbito de la geografía regional (Gilbert, 1988:222). Se percibe también un relativo abandono de la categoría de paisaje, proceso que, como se verá más adelante, se revierte en la actualidad.

LOS DEBATES CONTEMPORÁNEOS

A partir del inicio de la década de los años noventa, a pesar de las discusiones antes expuestas, la geografía regional para algu-

nos autores, incluyendo geógrafos, cayó en descrédito (Gómez, 2001:16). Sin embargo, a pesar de que la mundialización de los procesos anunciaba el fin de las regiones, contrariamente a lo esperado, originó una efervescencia de las mismas tanto en ámbitos económico, político y, sobre todo, cultural. Al mismo tiempo, el debate posmoderno con la importancia que dio al reconocimiento de la diferencia y la particularidad se incorporó a las visiones que ya se tenían sobre la geografía humana en general, influyendo en la discusión sobre las regiones en particular (Albeit, 2001). En la opinión de Derek (1989:67), esto provocó cuestionamientos urgentes sobre el lugar, el espacio y el paisaje en la producción de la vida social, a los que había que dar respuesta. Mientras que para algunos autores el reencuentro de la geografía regional con la diferencia se dio en este momento, para otros, la cuestión de la diferenciación de áreas nunca se ha cerrado (*Ibid.*:71) y ha sido parte constante de su quehacer y debate (Ramírez, 2003).

Para autores como Soja (1989:2), la posmodernidad constituye la posibilidad de crear formas más críticas y reveladoras de combinar tiempo y espacio, historia y geografía, periodo y región, secuencia y simultaneidad, mientras que para Harvey (1989) proporciona una dimensión diferente al pensamiento sobre tiempo y espacio. Se aprecian debates semejantes entre visiones teóricas, entre las cuales, la principal consiste en continuar analizando patrones locales de cambios espaciales, las relaciones entre agentes y la utilización integral de formas analíticas y narrativas para estudiarlos (Thrift, 1989:274). En la visión humanista del debate regional, tanto Thrift como Entrikin (1991:456) reconocen y aceptan que de la Blache es aún vital en la conexión que hace entre causas, actores y lugares. Con ellos se encuentran y desencuentran los postestructuralistas, posmodernistas, neomarxistas y regulacionistas con puntos de vista que orientan los debates, mismos que para efectos de la presentación que nos ocupa se han integrado a partir de cuatro

discusiones de tipo epistemológico y una con carácter ontológico que pretenden conjuntar las visiones que sobre el tema se discuten en la actualidad.

La primera responde a la pregunta de ¿cómo se concibe la identificación de la región y cómo se construyen las *diferencias*? Al respecto, se reconocen al menos tres posturas. Hay autores que hablan de la construcción de la región, el lugar o el espacio (se usan como sinónimos) a partir de la producción de un territorio inserto en la construcción o producción social del tiempo, del espacio y del lugar (Harvey, 1996:208), que produce y reproduce también escalas (Smith, 1993:96-97), o bien es parte de un movimiento o proceso constante de cambio y transformación del vínculo espacio-tiempo (Massey, 2005:50-52). En estos tres autores, producción social o movimiento-evolución generan al mismo tiempo las diferencias. Pero hay también quienes desde la visión cultural las construyen a partir de presencia-ausencia de los sujetos (Thrift, 1991) en un lugar determinado, o desde la visión económica, que analizan la conformación de regiones a partir de la integración de tecnologías-organizaciones y territorios, lo que le permite estar más allá de la noción de economías externas y ubicarlas a partir de relaciones (Storper, 1997:27).

Si bien el tema de las diferencias ha sido esencial para reconocer las regiones, adopta dimensiones diversas en los autores considerados. Más que identificar las diferencias *entre* regiones y lugares con fines de regionalización, en la actualidad se tiende a reconocer como parte integrante de los mismos lugares, y sobre todo de sus agentes. En las posturas humanistas tiene que ver con la forma como se reconoce y se construye la importancia del yo y de los otros. Así, para Entrikin (1998:263), si el lugar es entendido como contexto para acciones humanas más que para sus localizaciones, origina una relación mutua que se constituye con el yo, y es una relación que implica identidades en sentido amplio del término, al mismo tiempo que es fundamental para la construcción de

las culturas modernas (Entrikin, 1994:231). Pero también se ve a partir de la ocupación de un lugar, de ahí que sea entendida como parte de lo propio y lo cercano que se ve invadido por lo externo, por lo universal, por la globalización y, por lo tanto, se convierte en un espacio abstracto, neutro, homogéneo (Nogué, 1991:44). El resaltar estos factores contribuye a reconocer las diferencias del lugar en tanto que sus particularidades, permitiendo revalorizarlos, reconocerlos en el mapa, haciéndolos así significativos. Estas miradas integran la diferencia a partir de la caracterización cultural que les es propia, al igual que otras que vienen particularmente de la antropología (Ramírez, 2003:159). Sin embargo, se encuentran algunas limitantes en estos estudios, ya que a pesar de la importancia que han tenido en la concepción del lugar, en la opinión de Entrikin (1994:228), poca atención se ha puesto a los actores como agentes morales y a su vinculación entre el yo y el lugar.

En esta construcción región-lugar y diferencia, el texto, la narrativa y el lenguaje son, para algunos, de fundamental importancia para la construcción de sujetos y procesos (Thrift, 1991:458) sobre el contexto y la estructura, e indispensable para evidenciar la complejidad que tienen (Entrikin, 1994:230). Es también un elemento que incide en el carácter sintético que ha presentado el estudio regional que algunos autores continúan resaltando como importante (Entrikin, 1991:23-26; Sayer, 1988:262; Gómez, 2001).

Segundo, una vez reconocidas las diferencias, algunos autores argumentan que los *posicionamientos* dan voces al proceso (Thrift, 1991:458), o que las *escalas* permiten ubicar las diferencias, que son vistas como procesos sociales (Smith, 1993:97). En esta discusión, la importancia del vínculo global/local elimina, en ocasiones, la escala regional para ubicarla en lo local. Para Smith, este proceso implica transformaciones simultáneas que las reorganizan en su totalidad, ya que cualquier reorganización de lo global se acompaña necesariamente

por cambios en las otras, que es preciso reconocer y evidenciar (Smith, 2001:154). Es más, para otros autores, los cambios de escala son procesos que se transforman simultáneamente (Swyngedouw, 1997:142) y el reconocerlos es parte fundamental de la tarea de la geografía regional contemporánea (Gómez, 2001).

Esta apreciación de posición-escala es resultado de la territorialización de relaciones y diferencias que se transforman rápidamente en los lugares o las regiones. La escala, por su parte, es sólo una fijación temporal en el paisaje geográfico, que puede tener una duración corta o larga (Smith, 2001:154). En los últimos tiempos se advierte una tendencia a integrar la escala regional en lo local, pasando de una meso-región o región media, a una de carácter micro. Es necesario reconocer que son diferentes, y que integran procesos y agentes diversos, por lo que poner de manifiesto los procesos para ubicarlos en las escalas que les corresponden, incluyendo la regional, destacando las interacciones escalares o los posicionamientos que diferencialmente se presentan en regiones globales, nacionales, regionales y/o urbanas, es parte de un ejercicio metodológico de reconstrucción/producción de regiones y lugares geográficos (Ramírez, 2003:165-171).

Tercero, parecería haber acuerdo en que el vínculo entre procesos-agentes con la región, el territorio o el lugar, genera *relaciones*. Dos preguntas surgen en este punto: ¿cómo se construyen y de qué tipo son? Las relaciones son los lazos, de muy diferente índole y nivel, que se generan dentro de las regiones o los lugares, entre lugares-territorios o entre agentes y lugares. Ver la región o el lugar así, favorece tres posibilidades alternas que redefinen el concepto tradicional de región: *a)* la abre de un plano bidimensional a uno multidimensional, en donde los encuentros pueden ser diversos y múltiples; *b)* elimina el concepto cerrado con fronteras inmóviles y como contenedores, y *c)* le da un carácter móvil y cambiante a los procesos o vínculos que se generan entre espacio-lugar y los agentes, entre ellos o entre

diferentes lugares (Ramírez, 2003:167-169). En la opinión de Nogué (1991:43), el lugar actúa a modo de vínculo, de punto de contacto e interacción entre los fenómenos mundiales y la experiencia individual. Es una forma de vincular lo global con lo local.

Con respecto a la dimensión multidimensional que se genera, se puede argumentar que las relaciones pueden ser de dos tipos: las que se dan entre territorios y regiones, que pueden ser económicas, políticas y culturales; y las que se dan entre agentes y lugares que son más de corte cultural y de identidad, pero que sin lugar a dudas inciden de manera directa o indirecta en la dimensión territorial de los procesos y las relaciones. En el primer caso, el regulacionismo, al hablar de relaciones en el territorio, cambia la visión de *locus* o contenedor de industrias o movimientos (externalidades en el sentido de Storper, 1997:44) a una aglomeración no predeterminada con acumulación importante de relaciones. Éstas pueden ser vistas en función de distancias, integración (horizontal o vertical), proximidad, centralización, concentración o aglomeración, entre otras categorías que sirven para ejemplificar como regiones y territorios se integran a partir de relaciones y no como resultado de una predefinición inicial de fronteras o regionalizaciones previas. En última instancia, se habla entonces de la generación de territorios redes, en donde las conexiones y lazos que se dan entre los lugares cambian la dimensión de continuidad homogénea de la región, que caracteriza por ejemplo a los distritos industriales, que implican discontinuidad entre los territorios pero vínculos y ligas de tipo fragmentado que se articulan en los lugares en donde se dan las relaciones. Regiones-distritos (aglomeraciones y concentraciones institucionales) o regiones redes (regiones discontinuas y articuladas por flujos) sería la disyuntiva en este debate.

Pero también hay relaciones interpersonales que inciden en la transformación, o uso de los lugares, entre las cuales se cuentan las de

distanciamiento, proximidad, las cara a cara, o las simbólicas que implican los imaginarios, los sentimientos, entre otras, que revalorizan al lugar en la medida en que al agudizarse procesos como los globales, por ejemplo, los sentimientos de indefensión, la impotencia y la inseguridad que generan los cambios, favorecen un repliegue a los micro-lugares que presenciamos cada día en forma más evidente (Nogué, 1991:45).

En esta apertura de las regiones, locales o de lugar se pasa de una concepción fija con fronteras a otras que no tienen límites sedentarios, que pueden ser transgredidas desde diferentes lugares y bajo formas también diversas, reconocidas en ocasiones como fronteras porosas. Esto permite que las redes y los movimientos intensivos sean parte de la dinámica relacional que tienen los lugares y las regiones, que pueden abrirse a redes simbólicas de movilidad (Thrift, 1993:94), ya que la cultura es también móvil. Desde esta perspectiva, se integra a esta visión la discusión entre continuidad de una cultura, generalmente vista como tradicional, fija, y como parte de un continuo (Entrikin 1996:216), y otra que se caracteriza por la discontinuidad al considerarse móvil, las ubica como prácticas culturales e identidades cambiantes (Entrikin, 1994:229; Massey, 1998 y 2005). En consecuencia, la movilidad, y los flujos culturales, las comunidades móviles en el mundo, han permitido reconceptualizar la categoría de lugar (Entrikin, 1996:216-217; 1998:265). De esta forma, categorías como movimiento, desplazamiento y rapidez, pueden ayudar también a revalorar distintas formas de comportamiento en el lugar (Thrift, 1993:96). En ese sentido, Nogué argumenta que:

El capitalismo no se desorganiza, sino todo lo contrario: se organiza a través de la movilidad y la dispersión geográficas, a través de la flexibilidad de los mercados y de los procesos laborales, a través de la innovación tecnológica y a través de una

nueva concepción de espacio y del tiempo (Nogué, 1991:42).

En ese sentido, la articulación de diferencias con procesos, conectados por los posicionamientos o las escalas, da una dimensión especial al concepto de cambio y proceso. Al respecto, las diferencias no se conforman sólo por el tiempo y la movilización de los procesos de diferenciación, sino que son parte de los intervalos de las relaciones sociopolíticas, económicas y culturales. Si consideramos los procesos de movimiento como partes angulares de la construcción de las diferencias, los elementos de contexto, que pueden ser muchos y muy variados, lo son a su vez de la interacción entre diferencia, proceso, particularidad y movimiento.

Por último, la cuarta de las discusiones refiere a la forma en que se abordan los estudios regionales que han contrapuesto desde décadas anteriores a la dimensión teórica con la empírica. La tradición vidaliana en la elaboración de monografías, la importancia que la región y las regionalizaciones han tenido en su momento para los ejercicios de planeación regional y urbana, la discusión que se inició en Gran Bretaña en los años ochenta sobre los estudios de localidades y la importancia que el posmodernismo ha dado a los estudios particulares carentes de contexto, han originado un sesgo importante de la discusión teórica y epistemológica sobre los estudios regionales; esto ha producido visiones de corte empírico, muchas veces descriptivos sobre lugares, comunidades, paisajes o regiones.

A pesar de las muchas discusiones que sobre el tema se han desarrollado, no han terminado con la tendencia empiricista que se adscribe, en ocasiones, al estudio regional, ni con la insistencia que hay para priorizar las discusiones teóricas como elemento fundamental para la comprensión de procesos, transformaciones y cambios. La importancia de una sobre la otra ha sido parte de las soluciones que se ponen al problema, a pesar de que en los últimos años se

ha puesto un gran énfasis en la narrativa y en el discurso como solución alterna (Sayer, 1989). Aquí están inmersas diversas dimensiones del tema. Por un lado, la importancia de lo local para redefinir el contexto general o las estructuras sociales y, por otro, la forma abstracta con que en ocasiones se conceptualizan los lugares, las regiones o los locales (Murphy, 1991:23-24) o bien el regreso a los estudios morfológicos en donde el paisaje, como elemento integrador de diversos elementos, tanto naturales como sociales (Morin, 2003 y Simmons, 2003), representa la unidad fundamental del análisis regional. Pero también incluye las argumentaciones sobre la importancia que tiene el “hacer más geografía y pensar menos en la geografía” (Olcina, 1996:112) implicando con ello ir más a trabajos aplicados que a reflexiones conceptuales y teóricas que, en la opinión del autor, más que beneficiar, han perjudicado.

Este último punto nos lleva directamente a una dimensión ontológica en la discusión sobre la geografía regional que poco se ha tratado en este ensayo, pero que es preciso dejar señalada para futuros avances sobre el tema. Tiene que ver con la pregunta de si las regiones son reales o no y cómo las definimos, por continuidad o discontinuidad, ya que la tendencia en general es a considerarlas como entidades predeterminadas homogéneas y continuas, a lo cual se han opuesto ya diversos autores (Benko y Lipietz, 1994:366).

Agnew (1999:91) se pregunta si las regiones, los lugares o los locales son reales o mentales, y en dónde está su razón de ser. La solución a estas preguntas tiene que ver con la visión de algunos de los geógrafos que las ven como algo real y quienes las contemplan como meras invenciones de un observador que habla de ellas, y en donde la narrativa y la función del observador es fundamental para reconocerlas. Esta discusión tiene que ver tanto con el conflicto entre realistas y construccionistas como con el que existe entre empiricistas y posmodernistas (*Ibid.*:92; Thrift, 1993; Entrikin, 1996); si bien este tema es de gran relevancia, poco

ha incidido en las discusiones que se tienen en países latinoamericanos sobre el tema. Por ese motivo, queda señalado como uno de los que necesitan mayor profundización en un futuro cercano.

A MANERA DE REFLEXIÓN FINAL

Después de este largo recorrido por la historia del pensamiento de la geografía regional podríamos preguntarnos si hay una tendencia clara de hacia donde va el pensamiento regional en los albores del siglo XXI. La respuesta no es clara, pero puede estar delineada por la búsqueda que han tenido los interesados en el tema en diferentes momentos y contextos de su evolución.

A lo largo del siglo XX hubo una tendencia abierta por buscar elementos que permitieran esbozar una nueva geografía regional. Para algunos autores, ésta se inicia con la introducción de las concepciones humanistas y del estudio de los lugares en los debates de la década de los setenta, refiriéndose a la apertura de las visiones marxista, humanista y la de interacción y el vínculo entre la geografía regional y la teoría social (Gilbert, 1988:208). Sin embargo, llama la atención que ya desde Chorley y Hagget, en 1969, se señalaba la generación de una nueva geografía que partía de la aplicación del conocimiento matemático y estadístico para generar “nuevos” conocimientos. Éstos, sin duda, fueron también adscritos a los de la geografía humana y regional. Por su parte, Horacio Capel en 1974 confirmaba esta aseveración, pero centraba la atención en los avances que la geografía humana había tenido, y daba un lugar importante no sólo a las herramientas matemáticas, sino también a la economía política y a los resultados que sociólogos y psicólogos habían tenido con la aplicación de estos conocimientos (Capel, 1974:203). Así, la caracterizaba como “corriente de innovaciones”.

Pero una nueva ola de “novedades” en geografía regional se gestó a partir de la década de los ochenta desde diferentes posturas

teóricas. Carney *et al.* (1980:15-27), proponen “nuevas perspectivas en la teoría regional” desde la visión del regulacionismo. En 1989, Sayer, Derek y Thrift argumentaban también sobre una nueva geografía regional cada uno desde sus posturas y discusión que se amplía con Benko y Lipietz y Entrikin en 1991, esta última desde el humanismo. Por su parte, autores como Krugman intentan hacer nuevos aportes a la geografía regional en 1998 desde la economía.

Parecería entonces que la rama más antigua de la geografía humana ha tenido diferentes momentos de renovación que están claramente marcados en los años setenta y noventa del siglo XX, o bien que tiene más de cincuenta años buscándola. Si bien encontramos algunas que son realmente frescas, otras implican volver a concepciones del pasado pero con miradas desde el pensamiento presente (Ramírez, 2003: 115-118), a las que hay que agregar las que adoptan la tecnología moderna, como serían los sistemas de información geográfica o las matemáticas avanzadas (*Ibid.*:90-93) para expresar su innovación, de la misma manera en que lo hizo la geografía positivista de la década de los sesenta del siglo XX.

Lo que es cierto es que el intento de adentrarnos en la interpretación de la realidad desde la geografía humana y regional no es una construcción intelectual estática y estable, sino que se redirecciona con el tiempo en espacios cambiantes que nos invitan también a observarlos y analizarlos a través de sus movimientos y transformaciones. En la década de los setenta, Frémont (1976:209) ya planteaba la necesidad que había de redescubrir al mundo a partir de sus cambios, tal y como lo habían hecho los primeros geógrafos; Gómez (2001) ejemplifica esta necesidad a partir de analizar algunas cuestiones conceptuales y de método que atañen a la geografía, y que parten de los cambios surgidos en la realidad regional española contemporánea. Los debates y las posturas siguen abiertos a nuevos cambios: es preciso entonces descubrirlos y ubicarlos en

la realidad diferencial que el mundo presenta, para integrarlos como parte de un ejercicio de geografía regional que se encuentra entonces en continua renovación y búsqueda.

NOTA

¹ Aquí el regionalismo se considera en el sentido usado en castellano de emergencia de rasgos particulares que caracterizan a una región, generalmente vinculado con elementos de identidad con el territorio.

REFERENCIAS

- Agnew, J. (1999), “Regions on the mind does not equal regions of the mind”, en *Progress in Human Geography* 23, 1, pp. 91-96.
- Agnew, J., D. Livingstone and R. Alisdair (1996), *Human Geography: an essential anthology*, Blackwell, London.
- Albet I Mas, A. (2001), “¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la Geografía Posmoderna”, en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, núm. 32, pp. 35-52.
- Allen, J., D. Massey and A. Cochrane (1998), *Rethinking the Region*, Routledge, London.
- Alonso, W. (1972; 1964), “Teoría de la localización”, en Needleman, L, *Análisis Regional*, Tecnos, Madrid, pp. 301-329.
- Becattini, G. (1994), “El distrito marshalliano: una noción socioeconómica”, en Benko, G. y A. Lipietz, *Las regiones que ganan*, Alfons el Magnànim, Valencia, pp. 39-57.
- Benko, G. y A. Lipietz (1994), *Las regiones que ganan*, Alfons el Magnànim, Valencia.
- Berry, B. J. L. y W. Garrison (1968), “Últimos desarrollos de la teoría del Central-Place”, en Secchi, B., *Análisis de las estructuras territoriales*, Gustavo Gili, Barcelona, pp. 144-159.

- Boudeville, J. (1993), "El espacio económico, Argentina, EUDEBA", en Ávila Sánchez, H., *Lecturas de análisis regional en México y América Latina*, Universidad Autónoma Chapingo, pp. 67-81.
- Capel, H. (1981), *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea: una introducción a la geografía*, Temas Universitarios, Barcanova, Barcelona.
- Carney, J., R. Hudson and J. Lewis (1980), *Regions in Crisis: new perspectives in European Regional Theory*, Croom Helm, London.
- Claval, P. (1974), *Evolución de la Geografía Humana*, Oikos-tau, Barcelona.
- Chorley, R. (1975), *Nuevas tendencias en Geografía*, Instituto de Estudios de Administración, Local, Madrid.
- Chorley, R. and P. Haggett (eds.; 1969), *Integrated models in Geography*, Methuen, London.
- Chorley, R. and P. Haggett (1969), "Models, paradigms and the new Geography", en Chorley, R. and P. Haggett (eds.), *Integrated models in Geography*, Methuen, London, pp. 19-41.
- Derek, G. (1989), "Areal differentiation and post-modern human geography", Gregory, D. and R. Walford (eds.), *Horizons in human geography*, Mac-Millan, London, pp. 67-96.
- De Oliveira, F. (1982), *Elegía para una re(li)gión: Sudeste, nordeste. Planificación y conflictos de clase*, 1ª. ed. en español, Fondo de Cultura Económica, México.
- Entrikin, J. N. (1991), *The Betweenness of Place*, Mac-Millan, London.
- Entrikin, J. N. (1994), "Place and region", *Progress in Human Geography*, 18, 2, pp. 227-233.
- Entrikin, J. N. (1996), "Place and region 2", *Progress in Human Geography*, 20, 2, pp. 215-221.
- Entrikin, J. N. (1997), "Place and region 3", en *Progress in Human Geography*, 21, 2, pp. 263-268.
- Frémont, A. (1976), *La région: espace vécu*, Presses Universitaires de France, Paris.
- Gilbert, A. (1988), "The new regional geography in English and French-speaking countries", *Progress in Human Geography*, 12, pp. 208-28.
- Gómez Mendoza, J. (1989), "Actualidad de la Geografía Regional", en *Eria*, núm. 19-20, Universidad de Oviedo, España, pp. 101-113.
- Gómez Mendoza, J. (2001), "Un mundo de regiones: Geografía Regional de Geometría Variable", en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, no. 32, pp. 15-33.
- Grigg, D. (1969), "Regions, models and classes", en Chorley, R. y P. Haggett (eds.), *Integrated Models in Geography*, Methuen, London, pp. 461-507.
- Gutiérrez Puebla, J. (1984; 1993), "Chistaller: la teoría de los lugares centrales", en Ávila Sánchez, H., *Lecturas de análisis regional en México y América Latina*, México, Universidad Autónoma Chapingo, pp. 39-52.
- Hägerstrand, T. (1982; 1996), "Diorama, path and Project", Agnew, J., D. Livingstone and R. Alisdair (1996), *Human Geography: an essential anthology*, Blackwell, London, pp. 650-674.
- Hardoy, J. E. y D. Mosovich (1975), "Ensayo de interpretación del proceso de urbanización en la América Latina", en Unikel, L. y A. Necochea, *Desarrollo urbano y regional en América Latina: problemas y políticas*, Fondo de Cultura Económica, El trimestre económico, Lecturas, núm. 15, México, pp. 83-145.
- Hartshorne, R. (1961), "The character of regional geography", in "The nature of Geography: a critical survey of current thought in light of the past", en Agnew, J., D. Livingstone and R. Alisdair (2001), *Human Geography: an essential anthology*, Blackwell, London, pp. 388-397.
- Harvey, D. (1969), *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Alianza Editorial, Madrid.
- Harvey, D. (1985), *The urbanization of capital*, Basil Blackwell.
- Harvey, D. (1989), *Posmodern Geographies*, Blackwell, London.

- Harvey, D. (1996), *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Blackwell, London.
- Hiernaux, D. (s/f), "Elementos de la teoría económica espacial", en *Desarrollo y planeación de los asentamientos humanos*, Fideicomiso Lázaro Cárdenas, México.
- Isard, W. (1960), *Methods of regional analysis: and introduction to Regional Science*, Massachusetts Institute of Technology, Massachusetts.
- Johnston, R. J. (1978), "Paradigms and revolution or evolution: observations on human geography since de Second World War", *Progress in Human Geography*, 2, pp. 189-206.
- Johnston, R. J. (1985), "Places matter", *Irish Geography*, no. 18, pp. 59-63.
- Krugman, P. (1998), *Development, Geography and Economic Theory*, The MIT Press, Cambridge.
- Kuhn, T. (1962), *The structure of scientific revolutions*, University of Chicago Press, Chicago.
- Lipietz, A. (1978), "Le nacional et le regional: quelle autonomie FACE á la crise capitalista mondiale?", en *Cahiers de recherche*, no. 8521, CEPREMAP, Paris.
- Lipietz, A. (1985), "Fordisme, forsome peripherique et Metropolisation", en *Cahiers de Recherche*, no. 8514, CEPREMAP, Paris.
- Livingstone, D. N. (1999), *The geographical tradition*, Blackwell, London.
- Massey, D. (1978), "Regionalism: some current issues", *Capital and Class*, vol. 6, pp. 106-125.
- Massey, D. (1984), *Spatial divisions of labour*, Mac-Millan, London.
- Massey, D. (1991), "Las regiones y la geografía", en Ramírez, B., *Nuevas tendencias en el análisis regional*, UAM-Xochimilco, México, pp. 24-31.
- Massey, D. (2005), *For Space*, Sage, London.
- Morin, K. (2003), "Landscape and environment: representing and interpreting the world", en Holloway, R. and Valentine (eds.), *Key concepts in Geography*, Sage, London, pp. 319-334.
- Murphy, A. B. (1991), "Regions as social constructs: the gap between theory and practice", en *Progress in Human Geography*, 15, 1, pp. 22-35.
- Nogué, J. (1991), *Nacionalismo y territorio*, Milenio, España.
- Olcina Cantos, J. (1996), "La geografía hoy: reflexiones sobre el pensamiento geográfico, la región y la docencia de la geografía", en *Investigaciones Geográficas*, núm. 16, Universidad de Alicante, España, pp. 93-114.
- Peet, R. (1998), *Modern geographical thought*, Blackwell, Oxford.
- Perraux, F. (1993), "Notas sobre el concepto de polos de crecimiento", en Ávila Sánchez, H., *Lecturas de análisis regional en México y América Latina*, México, Universidad Autónoma Chapingo, pp. 83-97.
- Pred, A. (1984), "Place as a historically contingent process: structuration and time-geography", *Annals of the Association of American Geographers*, no. 74, pp. 279-97.
- Ramírez, B. R. (2003), *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio: un recorrido por los campos de las teorías*, UAM-Xochimilco, Miguel Ángel Porrúa, México.
- Sayer, A. (1989), "The 'new' regional geography and problems of narrative", *Environment and Planning D: Space and Society*, vol. 7, pp. 253-276.
- Simmons, I. (2003), "Landscape and environment: biophysical processes, biophysical forms", en Holloway, R. and Valentine (eds.), *Key concepts in Geography*, Sage, London, pp. 305-318.
- Smith, N. (1984), *Uneven development: nature, capital and the production of space*, Blackwell, Oxford.

- Smith, N. (1993), "Homeless/global: scaling places", en Bird, J. et al., *Mapping the futures: local cultures, global change*, Routledge, London, pp. 87-119.
- Smith, N. (2001), "Rescaling politics", en Minca, C. (ed.), *Postmodern Geography: theory and praxis*, Blackwell, London, pp. 147-165.
- Soja, E. (1989), *Postmodern Geographies*, Verso, New York.
- Storper, M. (1997), *The regional world*, The Guilford Press, New York.
- Storper, M. y A. Scott (1990), "La organización y los mercados locales de trabajo en la era de la producción flexible", *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 109, núm. 3, pp. 439-460.
- Swyngedouw, E. (1997), "Neither global nor local: 'glocalization' and the politics of scale", en Cox, K. (ed.), *Spaces of Globalization*, Guilford, London, pp. 137-166.
- Thrift, N. (1983), "On the determination of social action in space and time", *Environmental and Planning D: Society and Space*, 1, pp. 23-57.
- Thrift, N. (1989), "For a new regional geography", *Progress in Human Geography*, 13, 2, pp. 272-279.
- Thrift, N. (1991), "For a new regional geography 2", *Progress in Human Geography*, 15, 4, pp. 456-465.
- Thrift, N. (1993), "For a new regional geography 3", *Progress in Human Geography*, 17, 1, pp. 92-100.
- Tuan, Y.-F. (1974), "Space and place: humanistic perspective", *Progress in Human Geography*, 6, pp. 233-246.
- Veltz, P. (1994), "Jerarquías, redes en la organización de la producción del territorio", en Benko, G. y A. Lipietz, *Las regiones que ganan*, Alfons el Magnànim, Valencia, pp. 281-299.
- Vidal de la Blanche, P. (1926), "Meaning and aim of Human Geography", en Agnew, J., D. Livingstone and R. Alisdair (2001), *Human Geography: an essential anthology*, Blackwell, Londres.